

sin embargo, y á pesar de las restauraciones que han alterado su belleza en nuestros días. Se levantaba al extremo de un foro del que aún queda en pie un doble arco.

Los viennenses pasaban por ser muy ricos. No es extraño, pues, que de sus ruinas se extraigan objetos preciosos, mosaicos, estatuas. La ciudad percibía grandes rentas de sus propiedades. Instituyó, para administrarlas, magistrados especiales, los tres conservadores de bienes raíces municipales (*triumviri locorum publicorum persequendorum*). Ninguna otra ciudad, exceptuando Arlés, fué dotada de un territorio tan vasto; pero así como el arlesiano se vió muy pronto disminuído por la creación de colonias menos importantes fundadas á sus expensas, el de Vienne permaneció intacto hasta fines del siglo III. Abarcaba la superficie del antiguo país de los alobroges y se componía de toda la comarca comprendida entre el Isère, los Alpes y el Ródano. Atravesaba este río entre Lyon y Tournón y llegaba por este lado hasta los montes Cevenas. Dividíase en diversas zonas, todas productivas, en lo alto las selvas y los pastos alpestres y abajo la llanura del Delfinado con sus campos de pan llevar, enfrente de los viñedos de Côte Rôtie.

Precisa citar, entre las ciudades que dependían de la ciudad viennense, Aosta (*Vicus Augustus*), que no es más que una aldea, Annecy, cuyo nombre antiguo no es conocido, pero que parece haber tenido gran número de edificios y un anfiteatro, Aix (*Vicus Aquensis*), ya renombrado por la excelencia de sus aguas. La aristocracia local era muy opulenta, como lo atestigua el lujo desplegado en el sepulcro de la familia de los Campani. Grenoble no fué durante mucho tiempo sino un *vicus* llamado Cularo, al cual Graciano cambió su nombre por el de Gratianópolis á fines del siglo IV. Cien años antes Diocleciano y Maximiano, seducidos por la posición de esta ciudad á la salida de los valles del Isère, del Romancha y del Drac, la habían engrandecido y provisto de un recinto amurallado con dos puertas monumentales, una de las cuales, la llamada *Jovia*, subsistió hasta 1591, y la otra, *Herculea*, no fué enteramente destruída hasta principios de este siglo. Ignórase si fué entonces (286-292) ó más tarde, bajo Graciano (375-383), cuando Grenoble fué hecha ciudad. Igual medida se adoptó en favor de *Genava* (Ginebra), el más importante, después de Grenoble, de los *vici* viennenses.

Vienne recobró pronto el completo derecho de ciudad que tuvo primitivamente y que perdiera casi en seguida. Fué erigida en colonia romana por Calígula. El mismo favor se hizo esperar bastante más tarde para *Nemausus* (Nimes), la otra gran colonia latina después de Vienne, que conservó tal rango hasta los Antoninos en que alcanzó su máximo de prosperidad, según hemos dicho. Fué fundada después de Actium con los griegos y egipcios que formaban parte del ejército de Antonio. De ahí la palmera y el cocodrilo que figuran en sus monedas y que todavía conserva hoy en su escudo.

Nimes fué, desde el principio, objeto de la benevolencia imperial, lo cual le valió cambiar por el de colonia Augusta su nombre de colonia Juliana, que llevó poco tiempo. El hijo adoptivo, el presunto sucesor del emperador, C. Julio César, aceptó ser su patrón. Cuan-

do el año I de nuestra era fué nombrado cónsul, Nimes le consagró, así como á su hermano Lucio, indicado entonces para el consulado, el templo célebre conocido con el nombre de Casa Cuadrada. Es un edificio bien conservado, notable por la armonía del conjunto y por la belleza de los detalles. Otro monumento de la misma época es una puerta elegante y severa que Augusto hizo levantar en 16 antes de J. C., al mismo tiempo que las murallas. No puede asignarse fecha al anfiteatro, aun cuando todo induce á creer que se levantó bajo Domiciano y quizá en el siglo II. Podía contener veinte mil espectadores y todo un barrio se abrigó en otro tiempo junto á su mole. Al pie del monte Cavalier, junto á un paseo que aún es el mejor de la ciudad, había las termas y sus anexos. De entre sus ruinas surge el precioso edículo, que tanto ha dado que hablar, y que parece que fué dedicado á Nemausus, una de las innumerables deidades fluviales que adoraban nuestros padres. Ha dado su nombre á la ciudad y sus habitantes no dejaron de rendirle culto mientras subsistió el paganismo. Aún esparcen sus aguas una frescura deliciosa por las polvorientas calles. Pero en Nimes llueve poco y la ciudad hubiese sido una de las más sedientas de Galia si los romanos no hubieran remediado tal falta por medio de una de esas grandes obras que practicaban para asegurar á las poblaciones un caudal de aguas salubres. Lo que realizaron en tal sentido es lo que nos da más alta idea de su civilización, que aparece en tal punto superior á la nuestra. En lo que concierne á Nimes puede decirse que sus ingenieros se excedieron á sí mismos. Todos conocen la maravillosa construcción mal llamada el puente del Gard. Este puente es un trozo del acueducto que recogía cerca de Uzés las aguas del Eure y del Airan. El receptáculo, muy capaz, descansa sobre una triple columnata superpuesta que se eleva con soberbia audacia sobre el valle del Gardon. La impresión que produce esta masa es sorprendente. Colosal y ligera, aparece bruscamente, á una revuelta del camino, entre el hermoso paisaje que le sirve de marco. Las aguas traídas á la ciudad se repartían por medio de un sistema de canalización que ha podido estudiarse en parte.

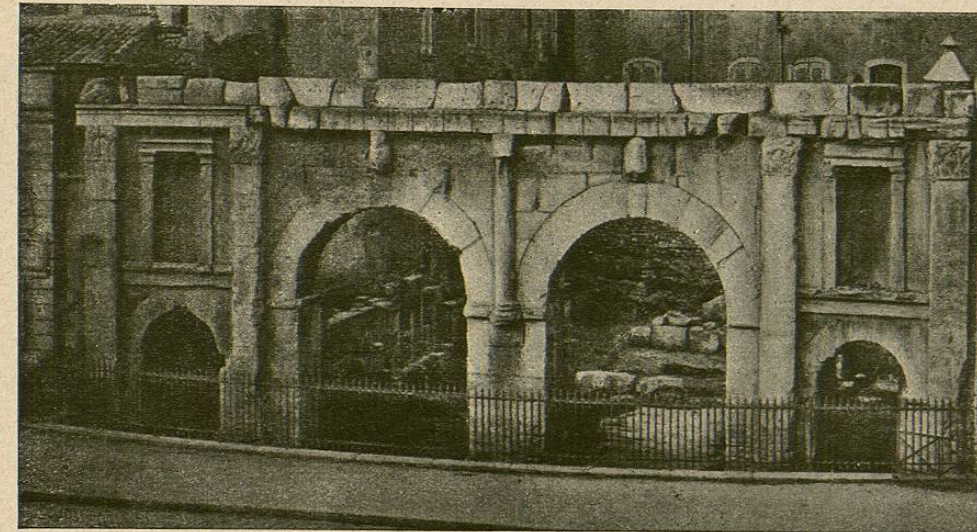
Fijémonos también, sobre la colina que domina los alrededores, en la «Tour haute» ó Tourmagne (Torre Alta) que debió ser un mausoleo. Así hemos dado una lista casi completa de cuantos monumentos han dejado algún vestigio. Pero ¡cuántos han desaparecido! Precisa mencionar, cuando menos, la basílica levantada por Adriano en honor de su bienhechora Plotina. «Es un edificio admirable,» según el biógrafo de este príncipe; pero no ha sido posible dar con sus huellas.

Nimes dió á la diversidad de razas de su población una fisonomía especial. Las divinidades nacionales eran muy honradas y se ha descubierto gran número de inscripciones mineras. Recordaba, sin embargo, por muchos conceptos el origen oriental de sus colonos. Los nombres griegos abundan en su epigrafía y esta misma tiene grandes reminiscencias alejandrinas. Lo raro es que en esta comarca de las Galias se practicara el culto egipcio. Mientras en otras ciudades galas aparece como una singularidad, aquí está agrupado y organizado. Los colegios de sectarios de Isis y Anubis son las solas cofradías que aparecen en Nimes.

Vienne y Nimes eran las más notables colonias latinas, pero no las únicas. Hay que fijarse en las orillas derecha é izquierda del Ródano. La romanización fué más despacio en la ribera derecha. La faja que se extiende á lo largo de los Cevenas no tenía, como no tiene, grandes ciudades. Desde Lyon á Nimes no es digna de mención sino la capital de los helvios, *Alba Helviorum*, llamada hoy Aps. Los fragmentos de antigüedades ahí recogidos forman gran contraste con la obscuridad presente, pero no revelan un pasado muy brillante. Los helvios, antiguos clientes de los arvernios, habían sido incorporados á Aquitania, lo cual indica que se les consideraba ajenos á la civilización im-

era colonia, ni siquiera ciudad. Pero ¡qué activo aspecto tienen aún los monumentos acumulados en este rincón de Provenza y del Comtat! Ninguna de estas ciudades, exceptuando Apt, deja de tener su arco triunfal. En Saint-Remy, en una vasta terraza, al pie de los Alpinos, se yergue el mausoleo de los Julios. Apenas lo ha maltratado el tiempo. Permanecen intactos sus bajos relieves, su inscripción, los detalles más delicados de su arquitectura. Cuando se piensa que este hermoso edificio remonta á los comienzos de nuestra era, que estos arcos triunfales no son mucho más antiguos, sorprende la rapidez con que se ha transformado nuestro Mediodía.

Más al Oeste, en una llanura, á mitad del camino



Puerta de Nimes

presa á la Narbonense. Se ve también que las primeras vías militares de su territorio datan del siglo II. Más al Sur, Carcasona (*Colonia Julia Carcaso*) recibió de César el título de colonia; pero no se sabe si lo conservó. Desaparece pronto de la historia para no aparecer de nuevo más que al principio de la Edad media. Castel-Roussillon (*Colonia Ruscino*), en el camino de España, y Lodève (*Colonia Luteva*) sólo merecen mención.

Tolosa tuvo más glorioso destino, pero modesto en sus comienzos. La capital de los volcos tectosagos cayó en desgracia después de su defección cuando la guerra de los cimbrios, y aun cuando era colonia latina desde Augusto, no gozaba más que de una importancia secundaria. Brillaba ya por su culto á las buenas letras, que la ilustró más tarde. Gozaba á fines del siglo I del nombre de ciudad Palas, que no cesó de justificar hasta la caída del Imperio y que aún puede reivindicar. Andando el tiempo, Ausonio celebrará las cuatro ciudades ó suburbios que un desarrollo continuo hace surgir de su seno.

Entre las cordilleras del Lubéron y del Ventoux se extiende el bello país que corresponde al departamento de Vaucluse. Floreció allí la colonización. Obtuvo cuatro ó cinco colonias latinas, además de la colonia romana de Orange. Avignon (*Avennio*), Cavaillon (*Cabellio*), Carpentras (*Colonia Julia Carpentoracte*), Apt (*Colonia Julia Apta*), Glanum cerca de Saint-Remy, no eran ciudades muy populosas. Quizá la última no

entre Arlés y Fréjus, el puesto fortificado que se creó en 122 antes de J. C. se convirtió, en tiempo de César, en la colonia latina de *Aquae Sextiae* (Aix). Augusto la hizo colonia romana. Se le dió un corto territorio cercenado del de Arlés. A seiscientos metros de altura, en la base de los grandes Alpes, junto á dos torrentes tributarios del Durance, surgieron las dos colonias de Digne (*Dinia*) y Riez. La primera es capital de uno de nuestros departamentos; pero la segunda (*colonia Julia Augusta Apollinaris Reiorum*) no es notable más que por sus ruinas. En una comarca mejor, en el cantón que se ha llamado mucho tiempo el Tricastin, á pocos kilómetros del Ródano, la pequeña ciudad de Saint-Paul-Trois-Châteaux toma la última parte de su nombre de la *Colonia Augusta Tricastinorum*, de la que es heredera auténtica, pero decaída. En fin, más arriba hallamos la colonia de *Valentia* (Valence), limitada al Norte por la de Vienne.

Más allá del Ródano, detrás de la cortina formada por la ciudad de los tricastinos y la de Valence, en los valles de Ouvéze, del Aygues y del Drôme, habitaba el pueblo de los voconcios, el único que como Marsella guardó, en su calidad de federado, sus instituciones propias, lo que no impedía que estuviese penetrado de la civilización latina. Tenía dos capitales, *Vasio* (Vaison) y *Lucus Augusti* (Luc). Esta última, en el camino del monte Genève, era creación de Augusto que debió de concederle el título de ciudad. La eclipsó otra ciu-

dad vecina, *Dea Augusta Vocontiorum* (Die). La diosa augusta que dió su nombre á Die no era otra que la diosa indígena *Andarta*, que se confundió luego con la gran madre frigia. Die era una especie de ciudad santa, un lugar de peregrinaciones. El centro político era Vaisón.

La colonización militar y oficial no era la única. Las guerras del triunvirato habían producido grandes cambios allende los Alpes. Las proscripciones y confiscaciones lanzaron de sus hogares á infinidad de propietarios desposeídos. ¿No era natural que volvieran los ojos hacia el país vecino? No puede precisarse el número de inmigrantes. Eran una minoría en el seno de la población indígena; pero de todos modos serían bastantes, ya que no puede explicarse de otra manera la romanización profunda y casi instantánea, que fué su obra.

Para formarse exacta idea de la romanización de la Narbonense no basta dar una ojeada á las ciudades. Habría que visitar las más humildes aldeas, penetrar en los cantones más apartados, recoger cuanto se ha exhumado en estos rincones en materia de inscripciones y de fragmentos de toda especie. Sería preciso también enumerar cuantos elementos la Narbonense proporcionó al Imperio desde el siglo I. Como la Galia cisalpina, como el Mediodía de España, fué, para Roma agotada, una fuente de rejuvenecimiento. Si no puede enorgullecerse de nombres tan famosos como los de Virgilio y Cátulo, Tito Livio y los Plinio, Séneca y Luciano, le quedan otros dignos de recordación. Más lejos veremos los que dió á la literatura (1). En política basta citar á los dos viennenses Pompeyo Vopisco, que Otón elevó á cónsul para halagar á sus compatriotas, y Valerio Asiático, que recibió por dos veces el mismo honor de manos de Calígula y Claudio y que en poco estuvo que no fuera emperador; Julio Agrícola, de Fréjus, el padrastro de Tácito, el vencedor de los bretones; Tito Aurelio Fulvo, de Nimes, abuelo del emperador Antonino, que compartió el consulado con Domiciano, y Antonio Primo, de Tolosa, mal ciudadano, pero excelente soldado, cuyos talentos militares tanto aprovecharon á Vespasiano. No es raro, pues, que Plinio el Viejo escribiera en 77: «Por su cultura floreciente, por la abundancia de sus productos, por la calidad de sus costumbres y de sus habitantes, la Narbonense es tan buena como cualquier provincia, mejor dicho, es otra Italia (2).»

II.—Lyón capital de las Galias (3)

Si la transformación de la Narbonense tiene por punto de partida la caída de Marsella, fué la fundación de Lyón lo que abrió una nueva era para la Galia.

La colonización de la Narbonense no se efectuó sin lesionar muchos intereses y despertar muchas envidias. Los habitantes despojados acabaron por resignarse. Con

(1) Capítulo II, párrafo 2.

(2) *Historia Natural*, III, 31.

(3) OBRAS DE CONSULTA.—Spon, *Recherche des antiquités et curiosités de la ville de Lyón*, 1673, nueva edición por Rénier, 1858. Boissien, *Inscriptions antiques de Lyón*, 1846-1854. Bernard, *Le temple d'Auguste et la nationalité gauloise*, 1863. Hirschfeld, *Lyón in der Römerzeit*, 1878, traducido por Allmer, «Revue épigraphique», 1879, págs. 81 y siguientes. *Zur Geschichte des Christenthums in Lugudunum vor Constantium*, Sitzungs-

berichte de la Academia de Berlín, 1895. Renan, *La topographie chrétienne de Lyón*, «Journal des Savants», 1881. Allmer y Dissard, *Trion, Antiquités découvertes en 1885-1886 et antérieurement au quartier de Lyón dit de Trion*, 1887-1888. *Musée de Lyón. Inscriptions antiques*, 1888-1893. Bazin, *Vienne et Lyón gallo-romains*, 1891. Jullien, *Le fondateur de Lyón. Histoire de Munatius Plancus*, 1892. Steyert, *Nouvelle histoire de Lyón*, I, 1895.

el tiempo participaron de la general prosperidad. Pero al principio soportaban mal su expoliación y la insolencia de los extranjeros. Contuvieron su cólera mientras vivió César. La vuelta de las guerras civiles animó á los descontentos. Probable es también que, llamando bajo banderas á gran número de soldados, redujeran los efectivos y las fuerzas de los colonos. Una rebelión obligó á huir de Vienne á cuantos se habían establecido en ella. Era un grave atentado que en tiempos normales se hubiera castigado con dureza. No faltaban medios para vengarlo. Lépidio en la Narbonense y Planco al Norte de esta provincia mandaban dos ejércitos. Bastábales hacer una señal para lavar en olas de sangre el ultraje hecho al nombre romano. Las necesidades de la política interior dispusieron otra cosa.

Los alobroges, tomando parte en la querrela que dividía el mundo, optaron por el Senado. Habían sufrido mucho por su causa; pero el alcance de la revolución no se preveía y los veteranos de César se declaraban contra los asesinos de su general. Bastó esto para que los indígenas pasaran al campo opuesto. Los alobroges eran, pues, buenos aliados para el Senado. Consideró prudente no castigarlos y se limitó á indemnizar á los colonos expulsados. El asunto interesaba á Lépidio. Sus administrados eran los quejosos. Pero los fugitivos, en vez de ir á Avignón, donde el triunviro estaba, se refugiaron en la confluencia del Saona, bajo la protección de Planco, de donde resultó que éste tuvo que intervenir en el asunto. Se pensó en reconstituir en otro punto la colonia viennense. Habiéndose declarado Lépidio por Antonio, fué puesto fuera de la ley, y Planco quedó encargado de que se cumpliera el decreto. Así se fundó, entre julio y noviembre del 43 antes de J. C., la colonia de Lyón.

No olvidó las hostilidades que rodearon su cuna. Más de un siglo después trató de vengarse, cuando cayó la dinastía de Julio César. Los viennenses se habían pronunciado por Vindex y Galba. Los lyoneses, que permanecieron fieles á Nerón, se adhirieron después á Vitelio. La ocasión les pareció de perlas para arruinar á la ciudad rival. Vienne, designada como una presa á los soldados de Valente, no escapó de una ruina cierta sino merced á un gran rescate. Para borrar las huellas de tal antagonismo fué precisa la paz que reinó en el Imperio bajo el gobierno de los Antoninos.

Planco vivió lo suficiente para ver germinar la semilla que sembrara. No olvidó tal recuerdo, como un título honorífico, en la tumba que se hizo construir en Gaeta. ¿Imaginó acaso este hombre tan hábil y afortunado, que entre todo cuanto había hecho, sería la fundación de Lyón su obra capital, la sola que merecía perpetuar su nombre? Por lo menos pudo pensar que estuvo afortunado en tal día. Señalando á los fugitivos el sitio donde debían levantar la ciudad, se mostró digno discípulo de César y digno colaborador de Augusto. No hay viajero que yendo á Lyón no haya admirado

desde Fourvière el magnífico panorama que se extiende en todas direcciones. Este observatorio maravilloso ofrecía á los romanos algo más que un simple recreo visual. En aquella meseta, dice Estrabón, reconocieron el reducto central, la acrópolis de la Galia. Todavía su posición geográfica favorece á Lyón. Imagínese, pues, lo que debió ser en aquellos tiempos en que los Pirineos de un lado, los Alpes de otro, encerraban nuestro país como una muralla casi sin salida. El valle del Ródano y del Saona, prolongado á la derecha por el del Rhin, á la izquierda por el del Sena, era entonces el solo camino para pasar del Mediodía al Norte, y aun hoy es el más frecuentado. Lyón, situado en mitad de esta in-

pretación del nombre de Lugudunum por un tema *lugu*, significando cuervo, parece, pues, que fué admitida en la antigüedad. Para armonizar esta explicación con la precedente, sería preciso establecer una relación, aún no demostrada, entre el ave simbólica de los lyoneses y los emblemas del dios Lug.

Se ha notado que el cuervo, que los antiguos consideraban dotado del instinto de predicción, se halla á menudo asociado en sus monumentos al cuerno de la abundancia, lo cual querría decir «predicción de abundancia» en el lenguaje figurado que les placía emplear. De esta asociación de ideas provendría, para la colonia fundada en la colina de los cuervos, el nombre de *Co-*



Anfiteatro de Nimes

mensa avenida, era la llave de ese mundo misterioso por el que Roma empezaba á extenderse por la fuerza de sus armas y de sus ideas. Para unos conquistadores venidos de las orillas del Mediterráneo y dueños ya de las comarcas que baña, la capital de la Galia no podía ser otra. Más al Norte, en las márgenes del Sena ó del Loira, hubiera quedado como ahogada en la barbarie ambiente. Apoyada en la Narbonense, le daba seguridad y fuerza tal apoyo, formaba el lazo de unión entre esta provincia y las tres restantes, y recogía en su hogar todos los rayos que debía reflejar en todas direcciones por todas las vías que dominaba.

¿Estaba habitado anteriormente el sitio escogido por Planco? Es posible. Así se explica mejor el nombre galo de Lugudunum, por abreviación Lugdunum, dado á la ciudad romana. La etimología de este nombre, que abunda en la toponimia céltica, ha dado lugar á diversas hipótesis. Las dos más conocidas son estas: colina de Lug ó de Mercurio, y colina de los Cuervos. La primera se la ha sugerido á los sabios la identificación del dios irlandés Lug con el Mercurio galo. La segunda proviene de un tratado atribuido sin razón á Plutarco y puede invocar el testimonio de los monumentos. Existen algunos medallones de tierra cocida que recuerdan la fundación de Lyón. A un lado hay el genio de la colonia enfrente del fundador que le alarga una hoz de espigas, emblema de la fecundidad, y una carta de fundación. Entre las dos figuras, abajo, un cuervo. La misma ave se halla en las monedas de los segusivos, de cuyo territorio fué desprendido Lyón. Reaparece dos siglos más tarde en las que hizo acuñar Albino cuando gobernó las Galias, Bretaña y España. La inter-

pretación del nombre de Lugudunum por un tema *lugu*, significando cuervo, parece, pues, que fué admitida en la antigüedad. Para armonizar esta explicación con la precedente, sería preciso establecer una relación, aún no demostrada, entre el ave simbólica de los lyoneses y los emblemas del dios Lug.

El desarrollo de Lyón fué casi instantáneo. Surgió de momento la ciudad, tan importante como lo requería el destino que le estaba asignado. Se puede juzgar de ello por una serie de monumentos que la hacen revivir las lejanas épocas de su pasado. Son unos sepulcros descubiertos hace unos diez años á lo largo de la antigua vía de Aquitania, hoy calle de Trión. Por su arquitectura y por sus caracteres epigráficos pertenecen á la época de Augusto. Pueden, mejor que otros, ser comparados á un mausoleo de los Julios que existe en Saint-Remy. La semejanza no se revela á primera vista. Precisa, para advertirla, reconstruir esos edificios derrumbados. Los restos esparcidos alrededor de ellos facilitan tal reconstrucción. Entonces se ve los dos pisos superpuestos y la linterna que los corona. Tales eran los sepulcros en que durmieron los primeros lyoneses expulsados de Vienne. Se comprende lo que nos dice Estrabón cuando asegura que desde Tiberio era Lyón, después de Narbona, la ciudad más importante y poblada de la Galia. Claro es que no se igualó nunca á las grandes metrópolis de Oriente, Alejandría ó Antioquía. El Occidente romano, donde apuntaba apenas la vida urbana, no ha tenido esos hormigueros propios de los países civilizados de antiguo. No se puede fijar el número de habitantes que tuvo Lyón, pues no que-